

GARCIA BLANCO, PROFESOR

Me corresponde evocar, en este acto, al compañero egregio, al claustral Manuel García Blanco, don Manuel, que la muerte nos ha quitado a todos: a sus discípulos, que no podrán beneficiarse ya de su magisterio excepcional, y a los profesores de Salamanca, privados para siempre de la luz de su talento, de su consejo y de su ayuda.

Habrán de perdonarme Vds. si mi intervención no alcanza la altura que debiera: está aún muy próximo aquel manso y taimado día de enero, en que el amigo querido, el amigo del alma, se nos fue por una senda tan clara para él como turbia y amarga para nosotros. No ha pasado aún, y quizá no pase nunca para mí ni para los profesores de la Facultad de Letras a quienes represento, el tiempo necesario para que el dolor se sedimente, y su quietud permita poner orden en el caos de recuerdos y sentimientos que se confunden esta noche en mi espíritu. Me siento incapaz de clarificar mis emociones, de objetivarlas y de darles un cauce racional. Un viejo maestro de esta Casa, fray Luis de León, escribió que las escrituras duraderas, "del alma salen, adonde por muchos años las compone y examina la verdad y el cuidado". Son palabras muy verdaderas, y ellas justificarán el desorden de mi escritura y mi impotencia para modelar y dar forma a cuanto querría decir, y no sabré decir.

Ante todo, me interesa destacar que este acto dista de estar motivado por esa vaga emoción elegíaca que la muerte produce, y que hace brotar sentimientos piadosos pero fugaces. La Facultad de Letras sabe perfectamente lo que ha perdido, porque sabía con exactitud lo que tenía. Y no ha esperado este trance para proclamar que don Manuel era pieza esencial de su funcionamiento. No será preciso que les recuerde cómo, hace muy pocos años, lo trajimos a este Paraninfo, a esta misma tribuna, para rendirle un homenaje entusiasta, con ocasión de sus bodas de plata con el magisterio universitario. El afecto de sus amigos de Salamanca y de España entera quedó plasmado en las estrenas filológicas que, un día, el Sr. Rector depositó en sus manos, con el amor de quienes las habían escrito, las habían promovido y las habían hecho posibles.

Pero, al margen de estos homenajes públicos, la Facultad de Letras le ha rendido, día a día, otro homenaje constante y delicado de respeto, de atención, de respuesta inmediata a su consejo y a su criterio. Y ello, sin acuerdo y sin propósito deliberado. Era un sentimiento espontáneo que su persona despertaba en cuantos le rodeaban, y al que sus compa-

ñeros de Claustro fuimos unánimemente sensibles. De ahí que esta sesión necrológica no sea para nosotros un trámite ocasional, sino la culminación de una trayectoria de respeto y de cariño a don Manuel, que ha ido creciendo con los años, y a la que se han ido incorporando los nuevos profesores, ya alertados por su prestigio antes de llegar, y rendidos a su personalidad desde el instante mismo en que cruzaban con él el primer saludo. Todos, sus más antiguos y sus más recientes compañeros, deseáramos que este acto fuera capaz de expresar nuestro dolor; por desgracia, es casi imposible, porque el dolor no tiene instrumentos suficientemente potentes para ser expresado, ni alcanza jamás las resonancias que desearía el que sufre. Aunque quizá me equivoque; es en el interior de cada uno, en el seno misterioso de sus creencias, donde la pena se expande y encuentra el eco consolador que necesita.

He dicho de don Manuel que era una pieza esencial de nuestra Facultad, y desearía justificarlo brevemente. Quizá pudiera hacerlo, por cuanto he sido testigo, a lo largo de dieciséis años, de su vivir académico; sólo temo, como decía al principio, que mi argumentación sea harto desmañada.

Aludiré, en primer lugar, a algo que pudiera parecer trivial, y que es de gran importancia, aunque no pueda saberlo por experiencia personal. La carrera universitaria posee caracteres muy especiales. El profesor llega a ella con un entusiasmo fresco y creador, y con la ilusión de mantenerlo y transmitirlo a sus alumnos, que domina sobre cualquier otro interés. Y, sin embargo, a un profesor bisoño pueden esperarle, al incorporarse a su destino, peligrosos desencantos. Uno de ellos, y gravísimo, el recelo con que puede ser acogido; no pienso tanto en el recelo-hostilidad, cuanto en la aprensión ante sus fuerzas aún no estrenadas, ante su capacidad renovadora. Si de él participan, además, los más respetables maestros, el desaliento puede ser paralizador. Pues bien, don Manuel era el más brioso conjuro contra este peligro. Su abrazo, su felicitación, su bienvenida brindada desde el primer instante eran auténticos; su casa se abría para el recién llegado, y en torno a su mesa se anudaba una amistad indestructible. ¡Qué gran maestro fue en el arte de no sentir recelo ante nadie! ¡Qué seguridad la suya en sus propias fuerzas, en su honrado quehacer, que le permitía derramarse en la ayuda a los demás! Cualquiera de mis compañeros que ahora os estuviera hablando, tendría que hacer la misma confesión. Y esto que él hacía con tanta sencillez, como si fuera la cosa más normal del mundo, permitía entrar en la Facultad de Letras de Salamanca por una puerta ancha, en cuyo umbral no era preciso rendir la ilusión y la alegría. Es cierto que el trasiego profesoral no alcanza en las Facultades de Letras la grave densidad que en otras Facultades; pero también lo es que la permanencia de equipo y la cohesión de familia bien avenida que presenta la nuestra se debe, en buena medida, a aquel hombre grande que hoy evocamos.

¿Para qué señalar que profesores así, firmemente vinculados a una Universidad por lazos que no sean los tenues hilos de un destino administrativo, son la base firmísima con que habrá de edificarse la Universidad que todos deseamos? Don Manuel, junto con otros profesores admirables, nos sujetó aquí a un grupo de docentes, y supo hacer de lo que, en otras partes, pudo haber sido una mera suma de presencias, un fuerte conjunto de entusiasmos, de intereses y de fines comunes.

Está claro que, para conseguir esto, ni la bondad, ni la hidalguía ni siquiera el prestigio son suficientes, si no los acompaña el ejemplo. Es inevitable que tenga que caer en el prosaísmo de elogiar su recto sentido del deber. Hay muchas maneras de cumplir con él. Hay, por supuesto, el mínimo de dar las clases con puntualidad y buena información. En García Blanco no era esto sólo, sino la entrega abierta a su trabajo, sin horarios ni límites. Su casa era muchas veces la prolongación de su seminario; sus libros, la prolongación de nuestra biblioteca; y sus horas de descanso o de trabajo personal se reducían hasta límites increíbles, en beneficio del doctorando que sólo podía estar el domingo en Salamanca, del hispanista que venía de tren a tren para verle, del alumno al que era preciso estimular, y era justo aquél el momento preciso.

El ejemplo, pues, y su sentido corporativo de la Facultad han dejado una huella que deseáramos fuera indeleble en todos nosotros. Pero me interesa señalar que todo esto lo hacía con sencillez, sin énfasis, sin darle importancia. Quién sabe si hasta sin conciencia refleja de ello, como pura necesidad de un espíritu armonioso que buscaba en todo la armonía, el orden y la perfección. A veces, este espíritu se manifestaba mediante pequeñas costumbres que instituía o alentaba. Una, por ejemplo, lo que él bautizó con el nombre de "recreo del Decano", y que era algo tan simple, quizá tan raro, y, sin embargo, tan importante, como el que todos los profesores de la Casa, al dar las once, habíamos de reunirnos en el Decanato, durante un cuarto de hora. El tiempo suficiente para vernos, para tratar los problemas de la Facultad y las noticias del momento; a veces, para contar un chiste, arte en el que nadie le excedía. Esos quince minutos diarios han hecho algo definitivo por nuestra Facultad: la han configurado como organismo, como institución corporativa, en la que todos somos o procuramos ser solidarios, y ha borrado las nefastas distancias que pueden aislar a una autoridad, de tal modo que las responsabilidades y las decisiones sean compartidas. El "recreo del Decano" continúa sin él. Ha sido para nosotros una ruda prueba el aceptar su ausencia. Pero todos hemos de acostumbrarnos a ella, aunque ahora parezca imposible, y yo querría pedir a mis compañeros, en esta ocasión solemne, que no faltemos nunca a esa cita de quince minutos con la ausencia de don Manuel, a esa charla serena o apasionada, pero siempre cordial, gracias a la cual nuestra Facultad es lo que es, y será mejor de lo que es.

Puede constituir nuestro diario homenaje al gran compañero y animador de aquellas reuniones.

Me atrevería a afirmar que es muy poco frecuente el hecho de que un hombre de tanto mérito científico, de tantas ocupaciones, solicitado por tantas atenciones, viva tan profundamente, tan entrañablemente la vida universitaria. Y además, con tanta modestia. No es frecuente. ¡Cuántos profesores de su categoría rechazarían y rechazan los puestos de gobierno universitario porque les quitan tiempo! Y tienen razón, y encuentro justificable su resistencia. Pero ello no impide que deba elogiar a quienes aceptan el sacrificio en provecho de todos. Don Manuel no ocupó nunca un puesto de gobierno en la Universidad. Y ¿quién duda de que estaba felicísimamente dotado para desempeñarlo con gallardía? Pero fue Secretario General durante muchos años, cargo de indiscutible importancia, aunque sea normal imaginarlo más apto para jóvenes profesores, en la plenitud de su entusiasmo. Y aquí está la raíz de su aceptación de aquel servicio: el entusiasmo, la voluntad de engrandecer a la Universidad en que se formó y en que quiso enseñar. Con una modestia conmovedora, desempeñó su función, dando un ejemplo a cuantos se sienten celosos y avaros de su tiempo. Fue el Secretario del Centenario, aquella proeza que imaginaron Antonio Tovar y él, y que muchos tildaron de locura. Gracias a aquella locura de don Manuel y de su Rector, Salamanca pudo contemplar con ojos quizá asombrados, que el prestigio de su Universidad continuaba intacto, que la siembra de sus maestros ilustres, a lo largo de cuatro siglos, había producido rentas vivas, gran parte de las cuales están esperando aún el debido aprovechamiento.

En un escrito ocasional —y fue ocasional por las circunstancias, no por sus sentimientos—, trataba yo hace poco de buscar la clave del dolor unánime que la desaparición de García Blanco había producido, y creía hallarla en su lealtad a varios ideales y respetos profundos. Debo destacar, en esta breve intervención, algunas de estas lealtades; me he referido ya a su fidelidad a la Universidad de Salamanca, y deseo aludir a la que siempre profesó a su ciudad. Aunque en él, como en todo buen salmantino, ciudad y Universidad se confundían en un todo sin fronteras. Don Manuel tuvo la inmensa suerte de poder radicarse en la tierra en que nació, de no tener que ir a buscar cobijo fuera de los paisajes de la niñez, de los recuerdos, de los afectos, de los rostros que habían ido configurándolo como era. Imagino también que ha de ser terriblemente desconsolador, para un humanista salmantino, desarraigarse. Y apenas pudo, aquí volvió. Salió muchas veces, reclamado su magisterio por Universidades muy distantes, pero regresó siempre, desoyendo tentadores ofrecimientos, para ser fiel a su tierra y a su Facultad. Su salmantinismo no fue ni estruendoso ni exhibitorio: nada en él poseía esas cualidades. Heredero de la aristocracia espiritual que confiere el ser universitario de Sa-

lamanca, se aplicó a justificarla, no a vivir de un prestigio heredado. Ser universitario de Salamanca obliga a mucho; esto, al menos, creemos cuantos nos negamos a aceptar el magisterio en esta ciudad como un fortuito destino administrativo. Y don Manuel acogió la herencia para aumentarla. Cuando enseñó por el mundo —donde el nombre de Salamanca es más diferenciado y definido que en España—, estaba continuando una historia gloriosa y alimentando esa llamita viva a través de los siglos que el mundo intelectual sigue viendo al oír hablar de Salamanca. De igual manera, los extranjeros que acuden a nosotros, seducidos por los nombres más ilustres del pasado universitario, hallaban en don Manuel —hablo ahora de él, y no hay en mi ánimo el deseo de establecer diferencias— la justificación más cumplida de su peregrinación a nuestras viejas aulas.

Confundidas estaban, pues, en su amor la ciudad y su institución académica, y ambas recibieron el beneficio de su trabajo, de su honradez profesional y su inteligencia. García Blanco tenía las raíces hundidas en Salamanca; de ella se nutrió, pero supo devolverle en frutos la cosecha justa que correspondía. Quizá al verle tan urbano, tan comedido, tan alejado de todo tipismo, de todo localismo, no fuera fácil imaginar los tenaces vínculos que lo ligaban a este pequeño y luminoso rincón. Fue una sorpresa para sus familiares su última voluntad escrita de reposar para siempre en tierra; sorpresa, porque jamás había hablado de ello. Y, a la vez que un deseo humilde y piadoso, veo en esta voluntad una última prueba de fidelidad al solar en que nació, y con el que quiso integrarse físicamente a la vuelta de su último y definitivo viaje.

En este recuento rápido y atropellado de sus lealtades, no puedo olvidar la que mantuvo siempre hacia nosotros, sus compañeros. Voy a centrarla en la devoción que profesó a otra gran figura desaparecida, y que, en mi recuerdo, se halla firmemente unida a don Manuel. Me refiero al decano Ramos Loscertales. El, García Blanco, Real de la Riva, Tovar y Espinosa, constituían el núcleo fundamental de la Facultad de Filosofía y Letras, cuando se me destinó a ella. Fue para mí un salto vertiginoso hacia la seriedad, hacia la concepción de un quehacer universitario exigente, aun dentro de su increíble modestia. Y, en el centro, el decano Ramos, sabio, ascético, agudo y pleno de autoridad, rodeado de aquella pequeña constelación de maestros, en la que brillaba con luz muy clara el compañero que evocamos. Yo confieso mi sorpresa al contemplar el respeto con que aquellos hombres de personalidad tan definida rodeaban al viejo decano. Mi primer aprendizaje universitario había sido muy distinto. Recuerdo —ya he anunciado que mi intervención sería un amasijo de recuerdos— como al despedirse Ramos, tras nuestra primera entrevista, don Manuel, que nos había presentado, me dijo en voz baja: —Acompáñelo. Tenía yo entonces 26 años, y en mi corazón toda la arrogancia

de esa edad, y el afán de independencia frente a cualquier acto que supusiera, por mi parte, una cesión. "Acompáñelo". Y aquel simplicísimo consejo de don Manuel fue para mí una admirable lección de respeto, de cortesía, de amable veneración al compañero anciano e ilustre, y no de sumisión a una jerarquía administrativa; fue una enseñanza inolvidable de lo que debe ser una convivencia universitaria, basada ante todo en la conciencia de un quehacer común, de un respeto desinteresado a los demás, perfectamente compatible con la disparidad de pareceres y aun la disidencia.

Hemos perdido a un extraordinario maestro. Obsérvese que no utilizo ahora la palabra *profesor*. El maestro es al profesor lo que el padre al tutor, aunque éste ponga todos sus desvelos en su ejercicio. Sus alumnos han quedado en una rigurosa orfandad, aunque quizá muchos de ellos no se den cuenta, desde la cruel y envidiable fuerza de su juventud. De un profesor se habla con respeto, desprecio o admiración; de un maestro, sólo con cariño. A un profesor no se le disimulan los defectos; en un maestro, ni siquiera se ven. A un profesor se le juzga; a un maestro, se le quiere simplemente. Un profesor enseña cosas; un maestro se ofrece a sí mismo como enseñanza viva y permanente. Eran estas cualidades excelsas de don Manuel las que adivinaba cuando, aún sin conocerlo, sus discípulos —Conchita Giner, Manuel Alvar, Martín Ruipérez, Tomás Buesa, Rodríguez Adrados— me hablaban de él.

Y esta orfandad de los discípulos nos alcanza también a sus compañeros, que hemos sentido en nuestras almas el desgarramiento tremendo de su partida. No creo que sea frecuente el que unos hombres sean incapaces de retener y sujetar en los ojos la angustia por la muerte de una persona a la que no estaban ligados por vínculos de sangre. Pero estos vínculos eran tan fuertes, por lo menos.

Con este acto, la Universidad de Salamanca va a decir su adiós oficial a don Manuel García Blanco, a aquel perfecto caballero, a aquel insigne maestro, a aquel investigador ilustre, a aquel insuperable compañero. Es imposible que su memoria y su ejemplo estén expuestos a la menor amenaza de disipación en nuestro recuerdo. No me parecería justo —aunque pueda parecer indiscreto— terminar mis palabras sin aludir aquí a la mujer que consagró su vida a que don Manuel pudiera ser maestro y sabio, a esa fuerza generosa, gentil e inteligente que estuvo siempre a su lado, ofreciéndole apoyo, quitando de su camino inquietudes y entorpecimientos, abriéndole, con la admiración y el cariño que despierta en cuantos la tratan, más amplia admiración y más hondo cariño.

Deseo, en fin, para acabar, dar las gracias, en nombre de la Facultad de Filosofía y Letras, a nuestro Rector y a la Junta de Gobierno, que han querido honrar de modo tan solemne la memoria de uno de nuestros miembros. Muchas gracias a la autoridad ministerial que nos preside, y

que convierte en nacional este homenaje. Gracias también a todos Vds. por su asistencia. Y muy especiales a estas figuras preclaras de la Universidad española que son Francisco Ynduráin, Rafael Lapesa y Dámaso Alonso, que han evocado con tanta justicia y tanta precisión al amigo, al filólogo, al crítico, al hombre bueno e ilustre que fue Manuel García Blanco. Estoy persuadido de que, junto a la intención de honrarle, les ha guiado en su ánimo un deseo de confortarnos, de sentir a nuestro lado, de ayudarnos a sobrellevar esta insoportable pesadumbre.

FERNANDO LÁZARO CARRETER